

bien, Guttemberg inventó la imprenta, y yo he vuelto á hallar la confianza.

— ¡ Ah ! dijo Marat irónicamente, ¿ quizás llegaréis á leer los corazones ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Entonces mandaréis abrir en el pecho del hombre esa ventana que tanto deseaban ver los antiguos ?

— No hay necesidad de eso; lo que haré será aislar el alma del cuerpo; y el alma, hija pura, hija inmaculada de Dios, me dirá todas las infamias de esa cubierta mortal que está condenada á animar.

— ¿ Revelaréis secretos materiales ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Me diréis, por ejemplo, quién me ha robado el reloj ?

— Rebajáis la ciencia á un nivel muy triste; pero no importa: lo mismo prueba la grandeza de Dios un grano de arena que una montaña; lo mismo el arador que el elefante. Sí, os diré quién os ha robado el reloj.

En aquel momento llamaron á la puerta, no siendo otra la persona que así llamaba que la portera, quien había vuelto, y cumpliendo con el mandato del joven irujano iba á llevar la carta.

III

La portera de Marat

La puerta se abrió y entró la señora Grivette.

Esta mujer, que no hemos tratado aun de bosquejar porque su figura era de esas que el pintor relega al último plano mientras no tiene necesidad de ella, esta mujer se adelanta ahora en el cuadro moviente de esta historia, y pide su puesto en el inmenso panorama que hemos emprendido desarrollar á los ojos de nuestros lectores; panorama en que colocar íamos, si nuestro ingenio igualase á nuestra voluntad, desde el mendigo hasta el rey, desde Calibán hasta Ariel y desde éste hasta Dios.

Vamos, pues, á tratar de hacer el bosquejo de la señora Grivette, que se destaca de su sombra y se adelanta hacia nosotros.

Era una mujer alta y seca, de treinta y dos á treinta y tres años, de color amarillo, ojos azules ribeteados de negro, tipo espantoso del deterioro que sufren en París, á causa de su miseria, de su asfixia incesante y su degradación física y moral, esas criaturas que Dios ha hecho tan bellas, y que hubieran llegado á ser magníficas en su completo desarrollo, como lo son en este caso todas las criaturas que pueblan el aire, el cielo y la tierra, cuando el hombre no ha hecho de su vida un prolongado suplicio, es decir, cuando no ha cansado sus pies con grillos, y su estómago con un

alimento casi tan fatal como podría serlo la falta de todo alimento.

Así, pues, la portera de Marat habría sido una hermosa, si no hubiese habitado desde la edad de quince años un mal zaquizami, sin ventilación ni luz, si el fuego de sus instintos naturales, alimentado por el calor de aquel horno ó por el frío de aquella nevera, hubiese ardido sin cesar y mesuradamente. Tenía unas manos largas y extenuadas, que el hilo de la costurera había surcado de pequeñas cortaduras, que el agua del jabón había llenado de grietas, que las brasas del fogón habían tostado y curtido; pero á pesar de todo esto, se conocía por su forma, es decir por esa huella indeleble del músculo divino, que sus manos se habrían llamado manos de reina, si en lugar de las ampollas que en ellas había formado la escoba, hubieran tenido las que imprime un cetro. ¡Tan cierto es que el pobre cuerpo humano no es más que la muestra de nuestra profesión!

El espíritu de aquella mujer, superior al cuerpo, y que de consiguiente había resistido mejor que él, velaba como una lámpara; alumbraba, por decirlo así, el cuerpo con un reflejo diáfano, y se le veía á veces brillar en aquellos ojos entorpecidos y marchitos un rayo de inteligencia, de hermosura, de juventud, de amor y de todo lo más exquisito, en fin, que hay en la naturaleza humana.

Bálsamo miró largo rato aquella mujer, ó más bien aquella naturaleza singular, que desde luego había llamado su atención.

La portera entró con la carta en la mano, y con voz melosa, con una voz de vieja, porque las mujeres condenadas á vivir en la miseria envejecen á los treinta años, dijo

— Señor Marat, aquí tenéis la carta que habéis pedido.

— Lo que quería no era la carta, sino veros, dijo Marat.

— Pues bien, señor Marat, aquí me tenéis para serviros, repuso haciendo una reverencia, ¿qué es lo que deseáis?

— Deseo saber qué se ha hecho de mi reloj, como debéis suponer.

— ¡Pardiez! yo no puedo deciros lo que se ha hecho de él. Ayer lo ví todo el día colgado al clavo de la chimenea.

— Estáis equivocada, porque ayer lo traje todo el día en el bolsillo, hasta las seis de la tarde, que teniendo que salir, y temiendo que me lo robasen entre el gentío, lo puse debajo del candelero.

— Si lo pusisteis debajo del candelero, allí debe estar todavía.

Y la portera con una naturalidad fingida, que estaba muy lejos de sospechar lo mucho que deponía contra ella, fué á levantar precisamente de los dos candeleros que adornaban la chimenea aquel bajo el cual Marat había escondido el reloj.

— Sí, el candelero ahí está, ¿pero el reloj? dijo Marat.

— Verdad es que no está el reloj. ¿Estáis seguro de haberlo puesto aquí, señor Marat?

— Cuando os digo que sí.....

— Buscad bien.

— ¡Oh! bien he buscado, dijo Marat con una mirada de enfado.

— Entonces lo habréis perdido.

— Os repito que ayer lo puse yo mismo ahí, bajo ese candelero.

— Pues entonces alguno habrá entrado aquí, replicó

la señora Grivette. ¡ Como recibís á tanta gente desconocida !

— ¡ Esos no son más que pretextos ! exclamó Marat enfureciéndose cada vez más. Bien sabéis que desde ayer nadie ha entrado aquí. No, no ; mi reloj se ha ido por el mismo camino que el puño de plata de mi último bastón, que la cucharita de plata que sabéis, y que la navaja de seis hojas. ¡ Me estáis robando, señora Grivette, me estáis robando ! Y si hasta aquí he sufrido muchas cosas, ¡ cuidado ! porque no pienso tolerar esta.

— Pero, caballero, ¿ me acusáis por ventura ? dijo la señora Grivette.

— Vos debéis tener cuidado de mis cosas.

— No soy yo sola quien tiene la llave.

— Pero sois la portera.

— Me dais un escudo al mes y quisierais estar servido como por diez erizados.

— Poco me importa que me sirvan mal ; lo que me importa es que no me roben.

— Caballero, yo soy una mujer honrada.

— Una mujer honrada que entregará al comisario de policía, si de aquí á una hora no parece mi reloj.

— ¿ Al comisario de policía ?

— Sí.

— ¿ Al comisario de policía una mujer honrada como yo ?

— ¿ Vos una mujer honrada ?

— Sí, una mujer honrada, de quien nada hay que decir, ¿ lo oís ?

— Basta, señora Grivette, basta.

— ¡ Ah ! ya me figuraba yo que sospechabais de mí cuando os fuisteis con ese caballero.

— Tengo sospechas de vos desde que desapareció el puño del bastón.

— Pues bien, os diré á mi vez una cosa, señor Marat.

— ¿ Y qué es ello ?

— Que mientras habéis estado fuera he consultado....

— ¿ Con quién ?

— Con mis vecinos.

— ¿ Y á qué propósito ?

— A propósito de vuestras sospechas.

— Aun no os había dicho nada de ellas.

— Pero yo las conocía.

— ¿ Y los vecinos qué opinan ? Tengo curiosidad de saber qué dicen.

— Dicen que si sospecháis de mí, y tenéis la desgracia de dar parte de vuestras sospechas sea á quien fuere, será preciso que llevéis las cosas al extremo.

— ¿ Y qué ?

— Que tenéis que probar os ha sido robado el reloj.

— Lo ha sido, puesto que estaba ahí y ya no está.

— Sí, pero tenéis que probar que yo lo he cogido, ¿ estáis ? ¡ Ah ! ante la justicia se necesitan pruebas, porque no os creerán bajo vuestra palabra, señor Marat, que allí no sois más que yo.

Bálsamo, tranquilo como siempre, miraba aquella escena, conociendo que aunque Marat no había variado de convicción, bajaba el tono.

— De suerte, continuó la portera, que si no hacéis justicia á mi probidad, si no reparáis la injuria que queréis hacer á mi honra, yo soy quien iré á buscar á un comisario de policía como me lo aconsejaba hace poco nuestro casero.

Marat se mordió los labios, porque sabía que en aquello había para él un gran peligro real y efectivo. El casero era un anciano mercader que había dejado el comercio y ocupaba el tercer piso, y según la crónica escandalosa del barrio, diez años antes protegiera no

poco á la portera, cocinera en otro tiempo de su mujer.

Ahora bien, como Marat frecuentaba el trato de personas misteriosas; como era un joven poco arreglado; como se ocultaba un tanto, y en fin, era algo sospechoso para los agentes de policía, no tenía mucha gana de habérselas con el comisario, pues hubiera ido á parar á manos del señor de Sartines, á quien gustaba mucho leer los papeles de jóvenes como Marat, y enviar los autores de aquellos soberbios escritos á esas casas de meditación llamadas Vincennes, la Bastilla, Charentón y Bicetre.

Marat bajó, pues, el tono; pero á medida que él lo bajaba la portera alzaba el suyo, siendo el resultado que aquella mujer nerviosa é histérica se enfureció como una llama que acaba de encontrar una corriente de aire.

Amenazas, juramentos, gritos, lágrimas, todo lo empleó, pudiendo decirse que aquello fué una tempestad.

Entonces creyó Bálamo que ya era tiempo de intervenir, dió un paso hacia aquella mujer que estaba en pie y con aire amenazador en medio de la sala, y mirándola con ojos centellantes, le presentó dos dedos en el pecho pronunciando, no con los labios, sino con la vista, el pensamiento y voluntad, una palabra que Marat no pudo oír.

Al instante se calló la señora Grivette, se tambaleó, y perdiendo el equilibrio, anduvo hacia atrás, con los ojos espantosamente dilatados, y fué á caer sobre el lecho, sin pronunciar una palabra siquiera.

Á poco se le cerraron los ojos y volvió á abrirlos; pero no se veía la pupila: su lengua se movía de un modo convulsivo; el tronco no se movió, y sin embargo

temblaban sus manos como sacudidas por el frío de la calentura.

— ¡ Oh ! dijo Marat, lo mismo que el amputado del hospital !

— Sí,

— ¿ Está dormida ?

— ¡ Silencio ! dijo Bálamo.

Luego, dirigiéndose á Marat :

— Ya ha llegado el momento, le dijo, de que cese toda [vuestra incredulidad; recoged la carta que os traía esa mujer y que ha soltado al tiempo de caer en la cama.

Marat obedeció.

— ¿ Y ahora ? preguntó.

— Esperad.

Y cogiendo la carta de manos de Marat :

— ¿ Sabéis de quién es esta carta ? preguntó Bálamo á la sonámbula.

— No, señor, contestó.

Bálamo acercó la carta cerrada á aquella mujer, y le dijo :

— Leedla, pues el señor Marat quiere saber su contenido.

— No sabe leer, dijo Marat.

— Sí pero vos sabéis, ¿ no es verdad ?

— Sin duda.

— Pues bien, leedla y ella irá leyendo también á medida que las palabras vayan grabándose en vuestro espíritu.

Marat abrió la carta y se puso á leerla, mientras que la señora Grivette, de pie y estremeciéndose bajo el impulso de la omnipotente voluntad de Bálamo, repetía á medida que Marat las iba leyendo allá para sí, las palabras siguientes :

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edic. 1625 MONTERREY, MEXICO

29974

« Mi querido Hipócrates : Apeles acaba de hacer su primer retrato y lo ha vendido en 50 francos ; hoy se comen estos 50 francos en la taberna de la calle de Santiago ; ¿ concurrirás tú ?

» Se entiende que se beberá una parte.

» Tu amigo,

• L. DAVID. »

Este era el contexto de la carta.

Marat dejó caer el papel y Bálamo le dijo :

— Ya veis como la señora Grivette tiene también un alma, y que esta alma vela cuando ella duerme.

— Y por cierto que es un alma bien extraña, dijo Marat, puesto que sabe leer, aventajando en esto al cuerpo.

— Porque el alma todo lo sabe y puede reproducir por reflexión. Tratad de que lea esa carta cuando esté despierta, es decir, cuando el cuerpo haya envuelto al alma con su sombra, y ya veréis.

Marat no sabía qué decir ; toda su filosofía materialista se rebelaba dentro de sí, pero no acertaba á contestar.

— Ahora, continuó Bálamo, pasemos á lo que os interesa más, es decir, á averiguar el paradero de vuestro reloj.

Y dirigiéndose á la portera, le dijo :

— Señora Grivette, ¿ quién ha tomado el reloj del señor Marat ?

— No lo sé, contestó.

— Lo sabéis perfectamente, insistió Bálamo, y lo diréis.

Luego, con una voluntad más fuerte aun, exclamó :

— Decid quién ha cogido el reloj del señor Marat.

— La señora Grivette no ha robado el reloj al señor

Marat ; ¿ por qué cree, pues, éste que ella ha sido la que se lo ha robado ?

— Pues si no ha sido ella, decid quién ha sido.

— Lo ignoro.

— Ya veis, dijo Marat, como la conciencia es un refugio impenetrable.

— Puesto que esa es la única duña que os queda, dijo Bálamo, vais á quedar convencido.

Y volviéndose hacia la portera :

— Os mando que digáis quién.

— Vamos, vamos, dijo Marat, no exijáis imposibles.

— Señora Grivette, dijo Bálamo, yo he dicho que lo quiero.

Entonces, al impulso de aquella voluntad imperiosa, la desventurada mujer empezó á torcerse las manos y los brazos como una loca ; un estremecimiento parecido al de la epilepsia se apoderó de todo su cuerpo ; su boca tomó una expresión espantosa de terror y debilidad ; cayó de espaldas, y se encogieron sus miembros como cuando acomete una convulsión.

— No, no, decía, prefiero morir.

— Pues bien, exclamó Bálamo chispeándole los ojos de rabia ; morirás, si es preciso, pero hablarás. Tu silencio y obstinación serían para nosotros indicios suficientes ; pero hay aquí un incrédulo que necesita una prueba irrefragable. Quiero pues que hables : ¿ quién ha cogido el reloj ?

La exasperación nerviosa llegaba á su colmo ; toda la fuerza y poder que tenía la sonámbula resistía á la voluntad de Bálamo ; de su boca salieron gritos inarticulados, y una espuma rojiza manchó sus labios.

— La va á atacar la epilepsia, dijo Marat.

— Nada temáis ; eso proviene de que el demonio de la mentira no quiere salir de su cuerpo.

Luego, volviéndose á la mujer, le echó en el rostro

cuanto fluido podía contener su mano, y le dijo:

— Hablad; ¿quién ha cogido el reloj?

— La señora Grivette, respondió la sonámbula con voz casi inteligible.

— ¿Cuándo?

— Ayer tarde.

— ¿Dónde estaba?

— Debajo del candelero.

— ¿Y qué ha hecho de él?

— Lo ha llevado á la calle de Santiago.

— ¿Pero á qué sitio?

— Al número 29.

— ¿Á qué piso?

— Al quinto.

— ¿Á casa de quién?

— De un oficial de zapatero.

— ¿Cómo se llama?

— Simón.

— ¿Qué es ese hombre?

La sonámbula no contestó.

— ¿Qué es ese hombre?

Tampoco contestó la sonámbula.

— ¿Qué es ese hombre? repitió Bálamo.

El mismo silencio.

Bálamo extendió hacia ella la mano impregnada de fluido, y aniquilada la infeliz con aquel ataque terrible, solo tuvo fuerzas para murmurar:

— Su amante.

Marat laazó un grito de asombro.

— ¡Silencio! dijo Bálamo, dejad que hable la conciencia.

En seguida, dirigiéndose á la mujer que temblaba de pies á cabeza y estaba inundada de sudor, le preguntó:

— ¿Y quién aconsejó á la señora Grivette que hiciera ese robo?

— Nadie; levantó el candelero casualmente, vió el reloj, y la tentó el demonio.

— ¿Lo hacía por necesidad?

— No, pues no ha vendido el reloj.

— ¿Lo ha dado?

— Sí.

— ¿Á Simón?

La sonámbula hizo un esfuerzo y contestó:

— Á Simón.

En seguida se tapó la cara con las manos y vertió un torrente de lágrimas.

Bálamo fijó la vista en Marat, quien con la boca abierta, descompuestos los cabellos y dilatados los párpados, contemplaba asombrado aquel espectáculo espantoso.

— Al fin habéis visto, le dijo, la lucha entre el alma y el cuerpo; ¿veis como la conciencia ha sido forzada en esa especie de reducto que creíais era inexpugnable? ¿Véis como Dios nada ha olvidado en este mundo, y que está en todo? ¡No neguéis, pues, que hay conciencia; no neguéis que hay alma; no neguéis lo que no conocéis, joven! Sobre todo, no neguéis la fe, que es el poder supremo; y puesto que tenéis ambición, estudiad, señor Marat, hablad poco, pensad mucho, y no juzguéis ligeramente á vuestros superiores. ¡Adiós! mis palabras han abierto ante vos un campo muy vasto; registrad ese campo, porque en su seno se encierran tesoros. Adiós: ¡dichoso, dichoso vos, si llegáis á vencer el demonio de la incredulidad que reside en vos, como yo he vencido el de la mentira que se alberga en el cuerpo de esa mujer!

Y diciendo estas palabras, que hicieron abochornar al joven, salió de la buhardilla.

Marat no pensó siquiera en ir á despedirle, pero as que pasó el primer estupor observó que la señora Grivette continuaba dormida.

Aquel sueño le pareció espantoso, y mejor hubiera querido tener en su lecho un cadáver, aunque el señor Sartines interpretase aquella muerte allá á su modo.

Al ver aquella atonía, aquellos ojos del revés y aquellas palpitaciones, le dió miedo, miedo que se aumentó mucho más cuando vió que aquel cadáver vivo se levantaba, y cogiéndole de la mano le decía :

— ¿ Venís conmigo, señor Marat ?

— ¿ Á donde ?

— Á la calle de Santiago.

— ¿ Para qué ?

— Venid, venid, pues me manda que os lleve allá.

Marat, que se había dejado caer sobre una silla, se levantó.

Entonces la señora Grivette, siempre dormida, abrió la puerta y hajo la escalera á guisa de pájaro ó de gata, es decir, tocando apenas los escalones.

Marat la siguió, temiendo no cayese y se rompiera la cabeza.

Cuando llegó á lo último de la escalera, salvó el umbral de la puerta y atravesó la calle, siempre seguida del joven, á quien condujo de este modo á la casa y piso designado.

Entonces llamó á la puerta, sintiendo Marat que el corazón le latía con tal fuerza que debía oirse.

En aquella especie de desván había un hombre que salió á abrir, y en quien Marat reconoció á un trabajador de veinticinco á treinta años que había visto algunas veces en la garita de la portera.

Al ver á la señora Grivette y á Marat se hizo atrás.

Pero la sonámbula se dirigió en derechura á la cama, y metiendo la mano debajo del ético jergón sacó

el reloj que entregó á Marat, mientras que el zapatero Simón, pálido de espanto, no se atrevía á articular una palabra, y seguía con extraviados ojos hasta los más mínimos gestos de aquella mujer, que creía estaba loca.

Apenas tocó la portera la mano de Marat al irle á entregar el reloj, cuando lanzó un profundo suspiro y murmuró :

— Me despierta, me despierta.

Efectivamente, aflojéronse todos sus nervios como un cable que se suelta de la polea ; sus ojos recobraron la chispa de vida, y hallándose como se hallaba enfrente de Marat, con su mano en la de éste, y teniendo aun el reloj, es decir, la prueba irrecusable del erimen, cayó desmayada sobre las tablas de aquel zaquizamí.

— ¿ Existirá efectivamente la conciencia ? dijo Marat allá para sí al salir del cuarto con la duda en el corazón, y conociéndose en sus ojos que meditaba profundamente.